

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

ROBERTO JUARROZ: EL POZO Y LA ESTRELLA

↳

Una llamada telefónica me anunció la muerte de Roberto Juarroz, en Buenos Aires. La noticia me ha dolido pero no me ha sorprendido. Desde hace más de un año supe, por un amigo común, poeta y médico, Lorenzo Martín, que estaba enfermo de gravedad y que la medicina moderna, en su caso, no podía hacer nada, salvo prolongar su vida por unos cuantos meses. Con frecuencia pensé en él y en su mujer, la inteligente y sensible Laura Cerrato, que lo quiso con un amor lúcido, sabiendo lo que valía. Ante lo inevitable los hombres no tenemos más remedio que inclinarnos: yo me inclino ante esta muerte, no sin antes trazar en el papel unos pocos signos en los que la pesadumbre se alfa a la admiración y ambas a la amistad.

Tuve noticias de Juarroz, por primera vez, en París, hacia 1960. Publicaba en Buenos Aires una pequeña revista, *Poesía/Poesía*, compuesta de ocho páginas y que distribuía entre un centenar de personas. Sus breves poemas me impresionaron por su concentración y su limpidez: en un lenguaje preciso y directo el joven poeta nos revelaba aspectos desconocidos de la realidad. Poemas dirigidos a la mente por una sen-

sibilidad pensante. Lo sorprendente no era el lenguaje sino la perspectiva que descubría cada uno de sus poemas. En esas lejanas composiciones juveniles ya estaba presente el don maravilloso que nunca lo abandonó: provocar, con los medios más simples, lo más extraño e inesperado. La poesía de Juarroz me conquistó inmediatamente, como años antes había ganado mi adhesión la prosa nítida de Antonio Porchia. Mencionar a Porchia al hablar de Juarroz no es gratuito: fue un escritor afín y que, quizá, lo inició en su extraña peregrinación hacia las fuentes ocultas de lo que llamamos realidad. Un poco más tarde conocí en persona a Roberto; el puente fue la amistad que nos unía a los dos con la poetisa Alejandra Pizarnik. Desde entonces fuimos amigos y nunca dejamos de serlo. Hombre recto y de una pieza, incurrió en la malquerencia de los militares argentinos, tuvo que desterrarse y vivió en los Estados Unidos y en Colombia por algún tiempo. Regresó a Buenos Aires más tarde y allá tuvo que enfrentarse a otra intolerancia: la de los intelectuales de izquierda. Todo eso hoy no tiene importancia: Roberto Juarroz nos ha dejado una obra poética que juzgo única, preciosa e insustituible. Con él se ha ido uno de los creadores más puros y hondos de la segunda mitad del siglo XX.

Publicó trece libros, todos con el mismo título y el mismo tema: *Poesía vertical*. Estaba enamorado del arriba y del abajo, del agua profunda y quieta del pozo y de los

astros que vislumbramos en lo alto de una torre. Tema único y doble: la geología del ser, la astronomía del espíritu. Visión del poeta que ve, hacia abajo, desde arriba y desde abajo, hacia arriba: del cuerpo a la mente y de la mente a las pasiones, esas realidades que nos parecen quimeras y que son, a un tiempo, intangibles y palpables. Visión unitaria: el arriba y el abajo, sin jamás fundirse del todo, se contemplan interminablemente. Contemplación que es el diálogo del hombre consigo mismo y con el universo. A Juarroz no le conviene la gastada expresión "gran poeta": lo define algo distinto y más raro: fue un alto y hondo poeta. ◀

México, a 2 de abril de 1995.

OCTAVIO PAZ
[VUELTA NÚM. 222, 1995]

SAJAROV

↳

Si Alexandr Soljenitsin ha encarnado el espíritu de resistencia al totalitarismo, Andrei Sajarov fue su conciencia. Soljenitsin se ha opuesto al sovietismo desde el fondo del alma rusa; Sajarov lo hizo desde la perspectiva de la democracia occidental. Lo cual no quiere decir, por supuesto, que la lucha de uno haya sido más valiosa que la del otro. Quiere decir, en cambio, que tiene otras características, por la sencilla razón de que, mientras que

Solyenitsin ha sido en último término un místico, encarnación de los valores de la antigua Rusia, Sajarov fue un científico, un hombre de su tiempo, que no vislumbraba el porvenir libre del totalitarismo en el pasado sino en el presente de la democracia moderna. Un presente, aclaro, que no es un olvido de la historia. Sajarov recupera el sueño de una Rusia democrática, es decir, occidental, es decir, europea, que alentó en pensadores del siglo pasado como Alexandr Herzen.

Físico e hijo de un físico, el Premio Nobel de la Paz de 1975 fue un tranquilo miembro del *establishment* soviético hasta que, en 1957, cobró conciencia de los peligros de la radioactividad e inició una campaña para poner fin a las pruebas nucleares. El hombre que hizo posible que la Unión soviética tuviera la bomba H antes que los Estados Unidos dejó poco a poco de ser el orgullo de la *no-menklatura* y tomó el camino de la disidencia.

Antes de romper con el soviétismo, Sajarov intentó convencer a los dirigentes de su país de la conveniencia de acercarse a Occidente. A su juicio, el acercamiento debía partir de la desmilitarización, del libre intercambio de información y de acuerdos que permitieran compartir los beneficios del progreso científico y ayudaran a evitar sus riesgos: la catástrofe nuclear, la contaminación ambiental y la despersonalización de los individuos.

Sajarov —no es necesario decirlo— no fue escuchado y se vio obligado a enfrentarse al aparato burocrático y a soportar un hostigamiento cada vez más duro. Como Solyenitsin, empezó a luchar por los derechos del hombre y del ciudadano. Fundó el comité moscovita de los derechos humanos; emprendió la defensa de los tártaros de Crimea (deportados por Stalin al Asia central en 1944),

de presos políticos como Amalrik, Bukovski, Pliut, Marchenko; de las personas sin pasaporte interior; de los judíos que querían emigrar; de las minorías sin autonomía cultural...

Las presiones de las autoridades soviéticas contra estos defensores de los derechos humanos culminaron, primero, en la expulsión de Solyenitsin de la Unión Soviética y, después, en el exilio interior de Sajarov en Gorki.

Sajarov fue rescatado del exilio por Gorbachov y muy pronto, gracias a la política de la *glasnost* y la *perestroika*, pudo encabezar abiertamente, junto con Yeltsin, la oposición. Su muerte cierra un ca-

pítulo de la historia de la disidencia en la Unión Soviética, pero ocurre en el contexto de unas reformas en el que, al parecer, pudo al fin ser escuchado. Fue, sin lugar a dudas, un hombre excepcional en un universo poblado de feroces vulgaridades. Un luchador por los derechos humanos que abrió el camino a los cambios que hoy se viven en la Unión soviética y en la Europa central. Desempeñó un papel relevante en la historia de nuestro siglo y su ausencia nos pesa. Con él renació el espíritu de Herzen, el europeísmo ruso. ◀

JULIÁN MEZA

[VUELTA NÚM. 158, 1990]

SUEÑO DE SIEMPRE

SAÚL YURKIEVICH

Es sueño pertinaz,
de tu vena cava la porfía.
Hinchazón es ensanche
que de adentro
en su entrada pugna
en tu substancia
saña tánta
lleva consigo
¡oh vida!
Y sin cesar
y sin cejar
rebasa, avispa
y te abre y te arrebatá.
Caladura ardorosa ráfaga
en su anhelo no la aquietas porque
nada ajeno a tu cuajo la amilana nada
su punzada y su lanzada amaina.
Ni quietud ni temperanza
ni tino ni paciencia la manean.
¡Oh vida! mi llamarada
ella quiere su henchidura
eso que le da quedada y la alborota
lo que la alarga: esa largueza:
su empedernido encendimiento.

[VUELTA NÚM. 229, 1995]